

Un nuevo rostro de Dios

(Hacia una aproximación integrada del medio ambiente)

**Federico Velázquez de Castro
González**

Doctor en Ciencias Químicas

Tradicionalmente, nuestra religión cristiana ha sido entendida como una religión de hombres, en donde hasta la representación de Dios la hemos imaginado como tal. Muchas quejas se han oído sobre la escasa participación y presencia de la mujer en las esferas superiores de la Iglesia, pero lo que parece haber sido una constante durante siglos ha sido el olvido, cuando no la explotación y el desprecio, de algo que ha llegado a ser en nuestros días un valor primordial: la naturaleza.

No fue sino hasta 1972 cuando se admitió de forma rigurosa que el crecimiento económico no podía continuar de forma desmesurada (1). La naturaleza, a la que solemos llamar *madre*, dispone de abundantes recursos y de una alta capacidad de absorción de nuestros residuos e impactos, pero parece lógico admitir que aquéllos son limitados y que existe una capacidad máxima de asimilación para éstos.

Los propios movimientos políticos, entre ellos los considerados como liberales y progresistas, escasamente consideraban la naturaleza y la conservación de los recursos naturales entre sus principales objetivos. El énfasis había sido puesto históricamente sobre el hombre, y todo lo que no fuera apostar por él, bien como individuo, clase social o proyecto histórico, quedaba a bastante diferencia, si es que alguna vez era tenido en cuenta. Y en este devenir de occidente, la fuerte influencia del cristianismo en cualquiera de sus formas, no ha sido ajena a esa concepción antropocéntrica en donde la naturaleza no sólo era ignorada, sino que no había objeción alguna a cualquier forma de explotación y abuso. El precedente podría estar en el Libro del Gé-

nesis: *...y díjoles Dios: sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra* (Gén.1, 28).

El maltrato de animales (en la Inglaterra del siglo XIX un granjero podía golpear a su caballo hasta matarlo, sin que esto fuera objeto de sanción ni reprobación alguna), su participación en guerras y actos violentos, así como en fiestas crueles (desde la caza del zorro inglés a las corridas de toros en España o las peleas de gallos en México), o en prácticas ajenas a cualquier control ético (vivisección, peletería, granjas intensivas o mataderos clandestinos), en donde los seres vivos son simplemente mercancía a nuestro servicio, sin el mínimo atisbo de dignidad, no han sido puestas en cuestión hasta fechas muy recientes, como consecuencia de la creciente conciencia ecológica. Pero ni antes y quizás ni siquiera ahora se han encontrado entre las voces críticas, y hablamos en términos generales, las procedentes del mundo cristiano.

Una visión demasiado antropocéntrica

Una de las primeras críticas formuladas al cristianismo en su relación con la naturaleza (2) apunta que cuando el cristianismo penetra en una sociedad, en ese mismo momento la naturaleza, considerada en muchos casos sagrada por sus moradores, comienza a desacralizarse. Esto continúa siendo así en muchas áreas de África, igual que antes lo fue en América y en Europa. Sus religiones «primitivas», que necesariamente hunden sus raíces en los hechos naturales como obligados referentes de la vida comunitaria, se ven arrinconadas por religiones «maduras», antrópicas, cerebrales y ajenas al marco natural al que todos nos debemos. No ha habido en nuestras propuestas equilibrio, escucha, ni

apertura y sí una minusvaloración de las antiguas culturas, que aún mantienen muchas de las cosas que ya hemos olvidado. En uno de los textos, inintencionadamente ambientales, más bellos que se conocen, el jefe de una tribu indígena americana escribía al presidente de los Estados Unidos (3):

Cada partícula de tierra es sagrada para mi pueblo. Cada brillante aguja de pino, cada grano de arena de las playas, cada gota de rocío de los sombríos bosques, cada calvero, el zumbido de cada insecto...son sagrados en la memoria y en la experiencia de mi pueblo...

Enseñad a vuestros hijos lo que nosotros hemos enseñado a los nuestros: la tierra es nuestra madre. Lo que afecte a la tierra afectará también a los hijos de la tierra. Si los hombres escupen a la tierra, se escupen a sí mismos...Todo está relacionado como la sangre que une a una familia. El hombre no creó el tejido de la vida, sino que simplemente es una fibra de él. Lo que hagáis a ese tejido os lo hacéis a vosotros mismos.

Conservad la tierra para vuestros hijos con todas vuestras fuerzas, vuestro espíritu y vuestro corazón, y amadla como Dios nos ama a todos nosotros. Porque aunque somos salvajes sabemos una cosa: nuestro Dios es vuestro Dios. Esta tierra le es sagrada. Incluso el hombre blanco no puede eludir este destino común. Quizás incluso seamos hermanos...

Más recientemente, otro jefe indígena declaraba (4):

Somos de la tierra y la tierra está en nosotros. Amamos a los pája-

ros y animales terrestres que crecieron con nosotros en esta tierra. Bebieron de la misma agua y respiraron el mismo aire. Somos de una misma naturaleza. Había en nuestro corazón una gran paz y una voluntad de ser bondadosos con todas las criaturas vivas que crecían.

Nada puede objetarse a esta visión de la naturaleza y de Dios, sino es una mayor profundidad, colorido y riqueza. La contemplación y el asombro han sido cualidades que, por nuestras áreas, sólo las hemos encontrado en los místicos, así como el rapto de la naturaleza hacia el Creador:

Mil gracias derramando
 Pasó por estos sotos con presura
 Y yéndolos mirando
 Con sólo su figura
 Vestidos los dejó de su hermo-
 [sura

Una segunda crítica apuntaría directamente al cristianismo y su ética de trabajo (y con ella, de crecimiento). Dirigida más hacia los sectores que hemos conocido como «protestantes» —especialmente el calvinismo— el espíritu conquistador y laborioso del hombre que quiere poner a producir sus talentos, coloca la naturaleza al servicio de las fuerzas productivas en una perspectiva desarrollista que dista del equilibrio y sostenibilidad que hoy se exige a cualquier propuesta de progreso. La «santificación por el trabajo» también la hemos conocido en algunas líneas del pensamiento católico, con las mismas carencias en lo que se refiere a integración y trato adecuado de nuestro entorno. La cosmovisión de una humanidad que marcha incesante hacia un punto omega de confluencia, también podría postergar las características concretas de ese camino, en donde la voluntad de llegar no debe

olvidar las interrelaciones con nuestro medio, que deben ser rescatadas desde una perspectiva inanimada y utilitarista hasta el establecimiento de vínculos fraternales con todos los seres vivos.

Una tercera cuestión, finalmente, consecuencia de las anteriores, ha sido el silencio sobre las cuestiones ecológicas o ambientales. No se han oído muchas voces que, más allá de admirar la dimensión estética de las formas naturales, apostaran por la conservación de los recursos, el respeto por otras formas de vida y el desarrollo sostenible. Ni antes ni después de los principales documentos ambientales se han integrado estos planteamientos en el discurso y práctica de las iglesias siendo, como ya es, un componente fundamental de nuestra próxima historia, tanto para el Norte rico como para el Sur empobrecido, ambos necesitados de propuestas de desarrollo sostenible. Sólo en la década de los 90 se generalizan las llamadas hacia la conservación de nuestro entorno (5).

Otras miradas

No todas las concepciones religiosas habían adolecido de este componente ecológico. Chan Tsai, filósofo chino del siglo XI declaraba:

El cielo es mi padre y la tierra mi madre. Aun una modesta criatura como yo puede encontrar un íntimo lugar en un seno. Ahí, hasta donde se extiende el Universo, lo veo como mi naturaleza. Todos los humanos son mis hermanos y hermanas, y todas las cosas, mis compañeras.

Wang Yang-Min, filósofo de la escuela neo-confuciana declaraba a sus



discípulos en el siglo XVI (6):

Todas las cosas, desde el gobernante, desde...los amigos hasta las montañas, los ríos, los espíritus celestes y terrestres, los pájaros animales y plantas, todo debería ser amado en vistas de realizar mi humanidad, la que forma una unidad, y entonces, lo que soy se manifestará completamente formando un solo cuerpo con la tierra, el cielo y tantas miríadas de cosas...He aquí lo que significa desarrollar plenamente su naturaleza.

Esta visión, más integrada y holística que la occidental ha sido expresada por hábitos de dietas vegetarianas (que a diferencia de occidente, se practican por respeto a los animales y no tanto por motivos de salud) y prácticas extremas, como las de algunas sectas hindúes que barren los caminos ante sus pasos o utilizan mascarillas para evitar matar innecesariamente insectos. Cuando se utilizan en tareas agrícolas o de transporte, los animales son previamente bendecidos y Gandhi llegó a afirmar que la cultura de un pueblo se percibía en la forma en que éste tratara a sus animales. Los animales salvajes son venerados e incluso deificados en función de sus cualidades: Ganesha, dios elefante representación de la fortaleza y la determinación; Hanuman, dios mono, representación del servicio y la humildad, etc.

Mas, también en la cultura occidental han existido miradas más amplias hacia nuestro alrededor. La refe-

rencia a Francisco de Asís se vuelve obligada:

Lado seas, mi Señor, por todas
 [tus criaturas,
 especialmente el señor hermano
 [sol,
 el cual es día y por el cual nos
 [alumbras...
 Lado seas, mi Señor, por la her-
 [mana Luna y las estrellas,
 en el cielo las has formado lumi-
 [nosas, y preciosas, y bellas.
 Lado seas, mi Señor, por el her-
 [mano viento,
 y por el aire, y el sereno, y el nu-
 [blado, y todo tiempo,
 por el cual a tus criaturas das
 [sustento.
 Lado seas, mi Señor, por la her-
 [mana agua,
 la cual es muy útil, y humilde, y
 [preciosa, y casta.
 Lado seas mi Señor, por el her-
 [mano fuego,
 por el cual alumbras la noche
 y él es bello, y alegre, y robusto,
 [y fuerte.
 Lado seas mi Señor, por nues-
 [tra hermana la madre tierra,
 la cual nos sustenta y gobierna
 y produce diversos frutos con co-
 [loridas flores y hierbas.

La Ilustración y la Modernidad continuaron apostando fuerte por el hombre y el progreso, siendo esta manera de entender la vida la que iría haciendo mella en las posibilidades y recursos del medio natural. Podría pensarse que hemos tenido tantos y tan serios motivos de preocupación en este último siglo, que mirar hacia otro lado que no fuera el ser humano y sus conflictos pudiera parecer frivolidad. Mas sólo cuando hemos comenzado a notar las consecuencias de este equivocado modo de actuar nos hemos decidido, al menos sobre el papel, a cambiar nuestra visión del mundo.

Así las cosas, y dentro del panorama escéptico de nuestros días, una vez perdida la fe en la razón y en el progreso —verdaderos pilares del pensamiento moderno— el hombre ha pasado a ser contemplado como un sujeto funcionalizado, adormecido y orientado hacia el aquí y el ahora como toda respuesta histórica. No es difícil, en este contexto, que muchos dudaran del hombre, cuya desventaja en relación a otras especies es que ha sido la única en comprometer el futuro del planeta. Aquel comentario de Bernard Shaw —*cuanto más conozco a los hombres, más amo a mi perro*— es hoy suscrito por muchos que descubren en el medio una serie de valores de los que los humanos vamos adoleciendo.

Sin embargo, y separándonos de algunas líneas del pensamiento ecologista radical, debemos continuar afirmando que el ser humano ocupa la cúspide de la creación. Sus atributos y posibilidades lo convierten en el único ser vivo capaz de pensar, elegir, elaborar proyectos y hacer historia. Dios creó al hombre en un solo día, ciertamente al final, pero antes había dedicado cinco al resto de la obra. De ningún modo podría entenderse la realización del hombre sin abarcar la naturaleza toda. En otras épocas en las que el ser humano se encontraba más ligado a la tierra, mantenía una fuerte vinculación con ésta, de la cual dependía su supervivencia. El alejamiento hacia sociedades más tecnificadas y complejas contribuyó a esta mutua ignorancia acentuada por un modelo económico codicioso donde todo ámbito es susceptible de ser explotado. Así, la tierra pasó de ser considerada como madre, hermana, compañera, sustento, a un medio de producción más al que debe extraérsele el máximo rendimiento. La crisis ecológica actual expresa abundantes ejemplos de las consecuencias de este modelo de crecimiento.

El mandato, antes comentado, dado por Dios al hombre de someter

la creación expresa esta posición privilegiada del ser humano, mas no parece deducirse de ella una posición de abuso. Por el contrario, y según también la Biblia indica —Gen. 2,7; Gen. 2,8; Pr. 8, 23-31; Gen. 9, 9-10, etc.— el señorío del hombre debe ser interpretado como mirada amorosa sobre el medio, no sólo para respetarlo y conservarlo, sino para estar atento a él contribuyendo a su orden y devenir. Esta capacidad perceptiva, exclusiva de nuestra especie, es la que debe ser dirigida hacia el resto de los seres vivos y los ecosistemas en los que se desarrollan. Ellos también están en la presencia constante de Dios (7):

Todos ellos de ti están esperando
 que les des a su tiempo su ali-
 [mento;
 Tú se lo das y ellos lo toman,
 abres tu mano y se sacian de
 [bienes;
 escondes tu rostro y se espantan;
 les retiras el aliento y expiran,
 Y a su polvo retornan;
 Envías tu soplo y son creados
 Y repueblas la faz de la Tierra

La naturaleza del ser humano

En una de sus obras divulgativas más conocidas, R. Leakey (8) comenta:

La cultura occidental con su civilización de alta tecnología, ha acabado por olvidar la conexión básica entre la psique humana y el medio natural, mientras que ha puesto esperanzas en otros mundos de nuestro sistema solar o de otros sistemas. Ha olvidado la conexión, pero la conexión continúa.

Hoy conocemos las especies (*Homo erectus* y *Homo habilis*) que nos relacionan con nuestras raíces más antiguas. La vinculación emocional que mantenemos con los paisajes



naturales, nuestros deseos de descanso y disfrute en la naturaleza —en cualquiera de sus formas— y nuestra necesidad de reponernos y fortalecernos en el tiempo que pasamos en contacto con ella, no puede ser sino consecuencia de un largo pasado en el que hemos vivido en su seno: dos millones de años, como género *Homo* y 150.000 años como *Homo Sapiens*. Necesariamente, nuestra ruptura con el medio natural, nuestra forma de vida urbana, no es sino una adaptación forzada y generadora de buena parte de los problemas psico-sociales del hombre moderno.

La biodiversidad suele presentarse como reserva genética o como potencial fuente de alimentos y medicinas, entre otros argumentos utilitarios, pero todo parece demostrar que es mucho más que eso (aun siendo ya mucho). Es nuestro entorno natural —en el doble sentido— en donde nuestra salud y espíritu se fortalecen. Al final, decía el místico Babá Dioum, sólo amamos lo que conocemos, y no hay peor destino para el medio y sus criaturas que vivamos artificialmente, de espaldas a él. Cumplir el papel que el ser humano tienen desde que posee consciencia es velar por el buen orden de su morada, hoy ya la aldea global. Apostar por el hombre no debe suponer sólo que comprenda intelectualmente, sino que se dé cuenta (*awareness*) de un entorno que le pertenece y al que pertenece, y en donde se hermana con el resto de los seres vivos, pudiendo decir con Walt Withman:

Creo que una hoja de hierba no es menos que el trabajo realizado por las estrellas

Gran parte de los problemas del hombre postmoderno proceden de la fantasía de separación, de sentirse aislados, solos en definitiva. Una visión integrada de nuestro alrededor, un planteamiento de re-conocimiento de

nuestros hermanos menores, ensanchará el espíritu humano y, de forma natural, protegerá a quienes comparten con nosotros la vida y han sido obra del mismo Creador. Dios no tendrá ya sólo rostro humano o, mejor, teniéndolo, nos dejará la responsabilidad de cuidar, proteger y apoyar el proyecto de realización de la naturaleza toda.

Hoy, el ser humano siente la encrucijada de su civilización. El modelo de consumo extendido por los países del Norte y pretendido por todo aquel lugar donde comienzan a darse posibilidades de desarrollo, compromete seriamente nuestro futuro. Todos hablamos de Desarrollo Sostenible, pero como suele ocurrir con las palabras de tanto uso, no siempre responden a su verdadero significado, y para el capitalismo no hay otra posibilidad de supervivencia que no sea circulando e incrementando el capital, que hoy se hace en el más corto plazo posible y a cualquier precio (se calcula que cada día se mueve un billón de dólares con objetivos especulativos). Por ello, ya son muchas voces las que apuestan por un nuevo modelo, más solidario y, de verdad, sostenible. No es la primera vez que se proponen nuevos modelos sociales: el siglo XIX fue un crisol de nuevas ideologías; la diferencia con nuestro tiempo estriba en que estas propuestas no vienen motivadas por grandes ideales, sino por la necesidad: o cambio de rumbo o la vida en el planeta será muy difícil, especialmente para los que hoy ya lo es. Pero hay otras diferencias. Por primera vez una propuesta de cambio no se hace de espaldas a la naturaleza, sino con ella. Conservar el ser humano —especie, por cierto, también amenazada— supone conservar los recursos, el medio, nuestra casa (*oikos*). No sólo por motivos prácticos, sino también éticos, porque durante estos últimos años hemos conocido mejor nuestro medio y hemos aprendido a amarlo.

Proponemos no sólo la liberación de los hombres, sino la plenitud de la naturaleza toda. Una nueva sociedad más gozosa y solidaria no puede serlo sin nuestros hermanos, humanos o no. Y este empuje histórico en el que tantos estamos empeñados, pretende asimismo presentar un nuevo rostro de Dios, del que sabíamos que estaba comprometido con el hombre, pero que no dejaba de ser una percepción cultural de una civilización antropocéntrica. Dios ama su obra toda, por lo que nuestras propuestas de liberación deben apuntar hacia esa redención integral.

El Nuevo Testamento ha abierto ya ese camino:

Mirad los cuervos: ni siembran ni siegan, ni tienen despensas ni granero, y Dios los alimenta... Mirad los lirios cómo crecen; no trabajan ni hilan, y ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos (Lc. 12, 24-27)

Notas bibliográficas

1. Meadows D. et al: Los límites del crecimiento, F.C.E. México, 1972
2. White L.: The historical roots of our ecological crisis, *Science* 155, 1967
3. Discurso del jefe indígena Seattle, de la tribu Dewamish, 1853
4. Luther Standing Boar: Land of spotted eagle, University of Nevada Press, Lincoln, 1933.
5. Desde el mensaje de Juan Pablo II *Paz con Dios creador, Paz con toda la creación*, considerado como el primer texto del magisterio eclesialístico dedicado a este tema, hasta los escritos de Leonardo Boff o Miguel Ángel Sobrino
6. Citado por M. A. Sobrino en *Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva*, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, México, 1993
7. Salmo 103
8. Leakey R.; Lewin, R.: La sexta extinción, Tusquets Ed., Barcelona, 1997